



◀ Ya en Cervinia, de espaldas al Cervino, siento su mirada sobre mí; la arista Lion es la de la izquierda, según se mira.

▼ El «jeep», vestigio de la II Guerra Mundial, nos hará danzar salvajemente.

Accésit del Concurso de artículos en castellano sobre «La aventura en la montaña»

## Cervino arista Lion

JOSU FEIJOO

S OLO el viento, cortado por nuestra velocidad, rompe el silencio dentro del coche; afuera el sol baña los majestuosos picos que nos rodean. La sinuosa carretera jalonada de árboles es una frescura en un día como éste; el cantar de los riachuelos y cascadas son la mejor música de compañía. Dentro, Oscar y yo no hablamos, sólo pensamos cómo será esta vertiente del Cervino.

Como si él nos hubiese leído los pensamientos, bruscamente, como queriendo causarnos más respeto del que ya le tenemos, surge de improviso, como un chiquillo, tras una aguda curva.

Paramos. Nos bajamos. Nos impresiona el condenado, es como un monstruo gigante, afilado; en nuestras caras surgen muecas de duda. Comemos en un prado, bajo su atenta mirada, aquélla es nuestra cima, pensamos con ironía.

Llegamos a Cervinia al atardecer y el alto nivel de las italianas nos levanta el ánimo... como es tarde y no podemos subir nos dedicamos a pasear la vista. Luego vamos al camping e intentamos contactar con todos los que vemos con pinta de «freeky», para ver si así pillamos la reseña de la vía. Preparamos la última cena (nos faltan 11). Al abrigo del rociante anochecer comentamos con cierto nerviosismo la información de la vía. Al saco.

El despertar es temprano, el desayuno es pobre, pagamos al dueño del camping y de «regalo» le dejamos los pasaportes (ya ven, generosos que somos). Salimos.

Primero vamos a la «Casa de los Guías», ¡jojo!, los italianos le llaman la «Casa de los Guías», pero es la «Casa del Esquí»; eso sí, la entrada es una «birrería»<sup>1</sup>. En ella una señora muy simpática nos atiende y nos explica el camino a seguir, el estado de los refugios y además nos aconseja tomar un «todo-terreno», que te libra de dos o tres horas de camino. Lógicamente aceptamos.

Tras una hora de espera y lánguidas miradas al Cervino, llega el «jeep». Es el mejor chiste de la jornada; el vehículo en cuestión data de la II Guerra Mundial y está carente de todo. Tras el pago de 30.000 liras, cuatro italianos y nosotros nos desacomodamos dentro, las mochilas van colgadas fuera, en un alarde de equilibrio, que ni los «Bordini».

Viaje de alucine, mi cuerpo baila una danza salvaje con el traqueteo del «jeep».

A 3.200 metros, fin del baile; nos hallamos en un restaurante-refugio lleno hasta la bandera de «bollitos» italianas de 16 a 20 años, ligando bronce y algún que otro despistado montañero.

<sup>1</sup> «Birrería»: lugar donde se expende birra, o sea cerveza.





**Un descanso durante la ascensión al refugio Carrel, algunas nubes cubren la arista, como un funesto presagio. De momento hace calor.**

## Al refugio Carrel

Empezamos a subir, el camino de momento está marcado; ahora contemplo de cerca todo su esplendor y me siento pequeño, muy pequeño, indefenso. El sol es de castigo.

Pantalones cortos y, ¡hala!, nosotros también a ligar bronce, mientras subimos por las pedrizas y palas de nieve. El sudor baña nuestro cuerpo y a veces dan ganas de tumbarse sobre la aguachada nieve y pasar de todo. Después de una hora y sin previo aviso, se acaban las marcas; viene la primera dificultad, una chimenea de unos 10 m. que en todo caso no sobrepasa el III<sup>o</sup> +, fácil y buen granito. Las mochilas, con todo el material de escalada y algo de papeo, castigan cada vez con más fuerza nuestros hombros; después de la chimenea casi todo es trepada fácil, combinada con algún que otro nevero en malas condiciones. Baja gente y en unas caras veo alegría, en otras decepción, pero en todas veo cansancio. Preguntamos algo por cortesía, casi todos son «giris», pero cuando se refieren a él, todos hacen espavientos; bueno, bueno, no será para tanto, pensamos.

Con la alegría que nos caracteriza, comemos junto a la lápida de un montañero. Apoyo mi húmeda espalda contra la lápida para descansar; cuando me voy dejo empapado al difunto. Tras otra hora de calor, pedreras, trepadas, neveros delicados, llegamos al primer largo real de la vía. Los dos queremos ir de primero pero los dos queremos tantear primero la pared y ver qué tal estamos; en silencio sacamos una moneda y la suerte de ir de primero le toca a Oscar. Se trata de un diedro fácil (IV<sup>o</sup>) de buen granito y además tiene una cuerda fija, eso sí, muy gruesa: 50 mm. de diámetro.

Con tres seguros Oscar se lo «curra», jojo con la graduación!, que aquí es siempre alpina<sup>2</sup>. Tras dos largos de escalada ensemble, llegamos a los refugios Carrel y Savoie, ambos a 3.835 m. Nos ha costado subir 600 m. tres horas. Nosotros vamos al refugio Carrel. Me cae bien a primera vista: es de madera, sólo con verlo te imaginas las historias que sus paredes guardan. Me siento a gusto dentro de él. Hay poca gente, con un poco de suerte mañana sólo estaremos ocho cordadas en la pared.

<sup>2</sup> «Alpina»: Graduación algo más alta que en escuela debido a las condiciones.



**Desde el refugio Carrel con el Dent d'Herens al frente, las nubes dan un aspecto bíblico al entorno.**



**En primer término el refugio Carrel, un poco más arriba el Savoie, sobre ellos la Grande Tour con el Techo, el resto es la arista Lion hasta la cima.**



**En la afilada arista hace un frío que «pela», las nubes ya han invadido la vertiente italiana, luego le tocará a la suiza.**

Comemos algo al calor del refugio, sumergidos en una agradable charla con dos guías italianos muy auténticos; después, cuando se acerca la hora del crepúsculo, salimos afuera.

Como en una feria, bolas dulces de algodón rosado, cubren el cielo, dejando filtrar finos rayos de sol rojos, como cobrizos cabellos de una diosa escondida tras las nubes. En frente el Dent d'Herrens (4.171 m.) nos observa; a su vez yo observo al Cervino, pero yo sé que él, en su infinita soledad, nos observa a nosotros. Apoyado en la barandilla, con un patio de impresión a mis pies, me relajo; es hora de mirar, pensar, recordar, sobre todo, recordar...

## A dormir

Como sobran plazas nos acomodamos plácidamente, eso sí, antes tuvimos una pequeña movida, pues uno de los guías se empeñó en cobrarnos 15.000 liras por dormir, pero nosotros le dijimos que en Cervinia, en la «Casa de los Guías», nos habían dicho que tanto el gas como el «sobrar» era gratis; al final le dimos 12.000 liras y todos tan contentos. Nos dormimos, sumidos en un inquietante sueño; seis horas después nos despertamos con el habitual ajeteo de los refugios. Son las 5 de la mañana y hace un frío que pela ( $-10^{\circ}\text{C}$ ).

Miro a Oscar y leo en sus ojeras que ha tenido las mismas absurdas pesadillas que yo. Ha sido una noche de perros, dos o tres veces me he despertado sobresaltado. La moral por los suelos. ¡Palabra!

La gente desayuna copiosamente, nosotros casi nada (no por penitencia), sino que al hacer los planes nos hicimos el planteamiento de subir el mínimo peso y esto afectó drásticamente a nuestra comida. Total: hambre y desesperación.

## 1988: Odisea del Cervino

Despierta la noche. Despierta el frío. Despiertan mis miedos.

Salimos. Es de noche; sólo veo la luz de las linternas de la gente que está escalando en la pared. ¡Madre mía, que cague! Tras andar 50 m. empieza de nuevo la pared; a este tramo se le conoce como la Grande Tour; a los 10 m. de pared hay un techo; secretamente yo sé que es el causante de mis pesadillas. El largo en total es de unos 25 m., y tiene una cuerda fija, pero como (para mí) es muy gorda, si subes totalmente a pulso acabas hecho polvo. Decido escalar a vista, siento miedo. Afortunadamente las botas rígidas se agarran muy bien; hay cola, tres cordadas están detrás de mí, con expectación. Empiezo a escalar, a los 8 m. en un clavo meto el primer seguro, llego a la base del techo y meto otro seguro, respiro, lo veo largo, negro, silencioso, esperándome, me coloco paralelo al techo, mi estómago roza «su» panza, mis ojos por la postura ven las montañas al revés. ¡Que alguien gire el mundo!

Me «curro» el techo, a la salida meto otro seguro y, tras 15 m. más, llego a la reunión. Mi suspiro de alivio le dice a Oscar que suba.

Seguimos subiendo. Los siguientes ocho largos son fáciles ( $\text{III}^{\circ}$ ), delicado, además el granito por esta vertiente es muy bueno y compacto.

Veo el cabizbajeante trepar de mi compañero. Veo a la luna cabalgar sobre la afilada arista. Veo en mi mente rostros de personas con las que quisiera compartir estos momentos. Llegamos a terreno mixto y nos ponemos los crampones y sacamos los piolets. El hielo está muy duro.

Es una pala verdaderamente inclinada ( $55^{\circ}$ ). Llevamos tres horas escalando y hemos metido muy poco al estómago. Mi cabeza, cada vez «cubica», menos los pasos de escalada. Golpeo el hielo con miedo de no herir al «gigante», no sea que éste descargue su ira contra mí.

Una y otra vez elevo mi vista hacia la luna, como tantos otros hombres lo han hecho en momentos de soledad durante miles de años, buscando una respuesta a mis infinitas dudas, pero ésta no llega. Las estrellas, sin embargo, me guían el ojo.

Después de la pala de hielo nos paramos a comer algo de lo que irónicamente denominamos «comida de ataque» (ríanse, unos huesitos). ¡Qué tristeza estomacal!

Ahora viene la Grande Corde.

Nace el día, me alegro de ello, me da ánimo. La Grande Corde es un diedro de 30 m. (IV°1 alpino). Me acojona: en Egino, me lo haría riendo; aquí, me lo hago renegando.

Ya nada importa. Estamos a 4.100 m. y hace un frío que alucinas; ésta es la última dificultad de la vía. Con la mirada reviso el material; en la base del diedro hay una lápida, pues el año pasado, cuando un guía escalaba agarrándose a la cuerda fija, se le rompió y se mató.

Obviamente paso de agarrarme a la cuerda. Rápidamente cojo altura, a los 7 m. meto el primer seguro, a los 15 el segundo; no me parece difícil, pero la mochila se empeña en arrastrarme al vacío. Al final gano yo.

Sin darme cuenta llego a la salida del diedro; está ligeramente extraplomada. Me desespero; no pillo ningún seguro. Tras mucho mirar en una fisurilla logro meter el «friend». ¡Salvado!, grito mentalmente. Oscar sube tan tranquilo.

## Las mandíbulas congeladas

Al salir del diedro nos encontramos de lleno en la afilada arista, y vemos con pavor cómo las nubes han inundado todo el valle.

Nos quedamos horrorizados; ambos sabemos de los peligros del Cervino con niebla. Nos replanteamos seriamente el seguir subiendo y decidimos hacerlo hasta que lo veamos todo muy negro (o nubloso).

Ahora cada largo es una pesadilla. Escalamos sumidos en nuestros mundos; una tras otra las reuniones nos van recibiendo en silencio, sólo roto por nuestra respiración y el alegre tintinear del material. La temperatura ha bajado la hostia, casi no sentimos las manos; Oscar tiene sangre en todas las uñas de sus manos, y casi no podemos hablar muy bien, pues tenemos algo congeladas las articulaciones de las mandíbulas.

Voy de primero en lo que creo que es la vía. Llevo 20 m. Con la niebla no veo a Oscar. Algunas cordadas se han retirado; además, para no perder la costumbre, en los largos «normales» no pilas un solo seguro. En un momento dado, el viento retira la niebla. Delante de mí veo la cima, hay gente en ella; muy cerca de mí, también. Cuando la niebla lo permite, el helicóptero se acerca hasta nosotros para controlarnos; con este tiempo su valor les honra.

Estamos en el pico Tyndal, a 4.240 metros.

Sube Oscar a la reunión. ¡Dios mío, qué indecisión!

Bajan los italianos, han hecho cima aquí mismo, pero nos aconsejan bajar.

Los fatídicos 247 m. que nos quedan hasta arriba nos llevarán como mínimo dos horas. Con este tiempo puede ser demasiado tarde.

Bajamos; es lo mejor. Amargas lágrimas corren por mi interior. Montamos el primer rappel (40 m.), pero cuando llegamos abajo se nos enganchan las cuerdas. ¡Hala, a subir de nuevo! Los juramentos de Oscar aún resuenan en mi cabeza. Perdemos de vista a los italianos. Bajan como demonios. Nos sentimos superdesamparados, montamos el 2.º y se nos vuelven a trabar las cuerdas. Así nos pasó con el 3.º, 4.º y 5.º rappel. No entiendo por qué él se venga...

Tenemos los nervios tensos como cuerdas de un arco a punto de disparar. A duras penas se impone la razón. Otros rappelés, debido a la intensa niebla los montamos, pero no sabemos si las cuerdas 30 metros más abajo han acertado en la reunión o si no estarán balanceándose alegremente en el vacío...

Con sonrisa irónica pero verdadera, Oscar y yo nos despedimos, por si acaso.

La cuerda me une físicamente a Oscar, pero no hay cuerda que una la hermandad espiritual nacida entre él y yo.

Aún así la fortuna nos sonríe y tras cinco horas de alucinante bajada, vemos el refugio. En una jugada del destino, empieza a soplar el viento y todas las nubes corren a refugiarse con Dios... en fin.

Nunca me pareció más hermoso un refugio. Tras descansar algo, bajamos a Cervinia, donde llegamos a la noche rotos, pero felices de estar enteros.

## Ficha técnica

**Cervino:** 4.478 m.

**Vía:** Arista Lion o arista SW.

**Dificultad:** IV°+ Alpino.

**Horario:** Del refugio a la cima, entre 5 y 7 horas.

**Material:** Crampones, piolet, dos cuerdas de 45 metros como mínimo, pues muchos largos van a tope de cuerda; 5 express, algún «friend» o empotrador y 2 ó 3 clavos, por si acaso. De todas formas toda la vía está clavada en los pasos difíciles.

La escalada sin ser difícil, siempre resulta delicada.

Referencia: *Guía Alpes Valaisannes*. Vol. II. «Du Col Collon au Theodulpass», 1970, págs. 312-314.



Fotos: Oscar Guinea Lete.

**Bajando, el último rappel antes de llegar al refugio, el viento se ha llevado las nubes... al atardecer de nuevo brilla el sol.**

